

LAS INTERMITENCIAS DE LA MUERTE de José Saramago

En un pequeño país, cuyas fronteras lindaban con otros países vecinos (ya verán la importancia de esto), se produce algo nunca visto desde el principio del mundo: la muerte decide dejar de hacer su trabajo letal, la gente deja de morir, y les ofrece a los seres humanos una muestra de lo que sería para ellos vivir eternamente.

Comienza, a partir del momento que deja de cumplir la muerte con su trabajo, una hecatombe en todos los aspectos, ya sea desde el punto de vista moral, ya sea, filosófico, ya sea desde un punto de vista pragmático, es decir, social.

Es aquí donde el autor empieza a hacer su crítica a la iglesia, a la sociedad, y a las formas de gobiernos. Ante la existencia de la muerte o no, los filósofos, divididos en pesimistas y optimistas, repetían, por enésima vez, la discusión de si el vaso estaba medio lleno o medio vacío, y traducido al tema, las ventajas de estar muerto o de vivir eternamente; las religiones debatían en lo único que les interesaba, la aceptación explícita de que la muerte era absolutamente fundamental para la realización del reino de dios, porque cualquier discusión de su ausencia implicaría suponer, un dios ausente, desaparecido. Si se acabara la muerte, no podría haber resurrección, y, sin ella, la iglesia no tendría sentido. La historia santa terminaría. Las religiones necesitan la muerte como el agua para la vida; las personas viven atemorizadas por ella y, al morir, la reciben como una liberación. ¿Quién mandaba sobre quién, la muerte sobre dios o dios sobre la muerte? Los religiosos comenzaron a rezar el rosario y los filósofos a filosofar sobre el vacío.

No estaban muertos, no estaban vivos. El viejo pidió morir. No era posible. Pidió que lo lleven un metro más allá de la frontera, donde allí se podía morir. Lo conducen junto al nieto, sin posibilidades de vivir como él. ¿Eutanasia? ¿Qué dirían los vecinos? Se supo en todo el país. No fueron condenados ni juzgados. Otros carromatos y otras mulas, otras falsas ambulancias condujeron otros cuerpos. Presionado por los gobiernos de los países limítrofes y por la oposición política interna, el gobierno condenó la inhumana acción, apelando al respeto a la vida y anunció que se tomarían posiciones a lo largo de la frontera para impedir el paso de los muertos vivos. Los vigilantes fueron amenazados, debían hacer la vista gorda al tráfico clandestino de pacientes terminales. Hubo que terminar con la vida de algunos para que entendieran que era en serio lo que pedían. Surgen nuevas "instituciones": la mafia; cobrarían para que los muertos-vivos se convirtieran en vivos-muertos, los vigilantes permanecerían en sus puestos, haciendo como que no veían. Acuerdos con los gobiernos, con las funerarias. Todo costaba mucho dinero. Un médico del otro lado de la frontera certificaba que estaban muertos, libraban de culpas a los parientes registrando a los muertos como suicidas en el certificado de difusión.

Debates sobre la muerte. ¿Era la muerte la misma para todos los seres vivos? Los humanos morían pero los animales no, ¿Había jerarquías? La polémica sobre la muerte o las muertes acabaría en polémica o en farsa si no hubiese aparecido el artículo del economista, ¿con qué dinero el país pagaría a los millones de personas que se encontrarán en edad de jubilación por invalidez permanente y si seguían por los siglos de los siglos? Bancarrota. Desastre. Sálvese quien pueda. Los metafísicos guardaron la viola en su funda y la iglesia regreso a las cuentas de sus rosarios. A partir del día que salió publicado el artículo del economista, la actitud de la población saludable para con los pacientes terminales comenzó a modificarse para peor. Se dividieron los que respetaban a los ancianos; y los enfermos en general representaban uno de los deberes esenciales de cualquier sociedad civilizada; y estaban esas desalmadas familias que contrataban a la mafia para deshacerse de los despojos humanos que agonizaban interminablemente o como los que actuaban como la fábula que narra la historia del cuenco de madera que el nieto comienza a fabricar para su padre, porque el padre había sacado a su propio padre, el abuelo del niño, al patio de la casa a comer solo con un cuenco de madera. Llevándose la comida a la boca como le fuera posible, porque allí era fácil para la nuera limpiar y no usar tantas servilletas. Todo eso molestaba al padre y su esposa: las manos del anciano que le temblaban y la comida que se le caía de la boca, causando la irritación de ellos por los manteles o el suelo que ensuciaba. El nieto parecía estar ausente del feo tratamiento que estaban dándole al abuelo. Hasta que el padre regresó del trabajo y encontró a su hijo fabricando un cuenco de madera, lo que le sorprendió y le preguntó para qué lo hacía. El hijo le respondió: estoy haciendo un cuenco para cuando seas viejo y te tiemblen las manos, para cuando tengas que comer en el patio, como el abuelo. Esas palabras bastaron para que el padre reconociera su falta y regresaran al abuelo dentro de la casa alimentándolo con sus propias manos. Nadie destruyó el cuenco de madera como para que la lección del ejemplo no cayera en el olvido o algún otro pensara terminar la obra.

La muerte decide devolver a los humanos de ese país la muerte, lo cuál comunica a través de una carta escrita por ella misma en un sobre de papel violeta. A partir de la medianoche de hoy se volverá a morir tal como sucedía desde el principio de todos los tiempos. Todo se comunica por el canal de televisión, siendo las veintiunas horas, por lo cual los moribundos disponían de tres horas para morir. No podían decirles nada de eso a los infelices, no podían informarles que podían disponer de tres horas para hacer el testamento, llamar al primo o al hijo para hacer las paces; también estaban los que habían pagado ya a la mafia, como podían llorar por el dinero perdido. Desolación aturdimientos, llantos. Buscaban culpas en el gobierno, o en la ciencia médica, o el Papa de Roma. La cantidad de personas fallecidas durante esos siete meses que la muerte se tomo vacaciones ascendían a sesenta y dos mil quinientos ochenta. ¿Dónde enterrarían a tanta cantidad de personas? Las funerarias se volverían millonarias. ¿Alcanzarían los ataúdes? Los sepultureros exigían aumentos.

Sesenta y dos mil quinientos ochenta moribundos cerraron los ojos al mismo tiempo. Los médicos debían dar el certificado de defunción a todos ellos y

recorrían las calles y entraban donde colgaba la bandera de la patria en señal de que allí había un infeliz.

La carta que la muerte había escrito fue corregida en su puntuación y sintaxis, concordancias verbales, mayúsculas, La Muerte tenía que escribirse así. Los escépticos dudaban que la muerte pudiera escribir una carta. Los gramáticos concluyeron que la muerte no dominaba los primeros rudimentos de la escritura. Ella que había estado en contacto con los más grandes de la literatura, era imperdonable. Y terminaba diciendo los disparates sintácticos que atestan la lamentable carta, que me inducirá a pensar que estamos ante una gigantesca y grosera mistificación. De no ser por la tristísima realidad, la evidencia, de que la terrible amenaza se ha cumplido.

La muerte, esa misma tarde, dio a conocer sus nuevas exigencias. La rectificación inmediata de su nombre escrito con minúscula. La Muerte, con mayúscula, no quisieran los humanos conocerla. Porque ésta seguramente no les daría tiempo para diferenciar lo relativo de lo absoluto, entre lo lleno y lo vacío, ser todavía, no ser ya. Publicar la carta, tal cuál la había escrito, para que el director del periódico no sintiera el peso de su muerte antes de lo previsto. Tan asustado estaba que se olvidó de publicar el estudio grafológico que le entregara un famoso especialista que había llegado a la conclusión de que esa carta la había escrito una serial killer, una asesina en serie.

Una pausa de ocho días hizo pensar a todos que la muerte se había arrepentido y comenzó la ilusión de que nada había cambiado. Solo resulto ser las actuales pautas de relación entre la muerte y los mortales, o sea, que todos recibirían aviso de antemano de que aún disponían de una semana de vida, para resolver sus asuntos, a través de una carta en un sobre color violeta. El violeta se convirtió en el más detestable de todos los colores, más todavía que el negro, con el peso del significado que éste tiene, luto.

Un médico forense mandó a llamar a un reconocido especialista en reconstrucción de rostros a partir de calaveras y tratara de reconstruir la cara de la muerte. Indiscutible que la muerte era una mujer, llegaron a esa conclusión. Orgías de sexo, droga y alcohol se organizaban para ayudar a pasar al otro mundo, aunque se corriera el riesgo de agravar la nostalgia de éste.

Algo le ocurrió a la muerte cuando mandó los sobres ya destinados a los infelices, pero uno le fue devuelto. Ella mira el sobre entre recelosa, dándole vueltas buscando algo que le diga por qué, los carteros suelen escribir al dorso cambio de dirección o persona fallecida, pero esto no era posible, cómo podía fallecer si la carta que lo tenía que matar volvió atrás. La solución que se le ocurrió a la muerte fue mandar nuevamente la carta al destinatario junto con las ciento cincuenta y dos cartas que mandaba todos los días. Pero ésta regreso, a los pocos minutos, a las manos de la muerte. Algo estaba mal. Revisó los cajones del fichero buscando si los datos escritos estaban bien. Nada marcaba lo contrario. La devolución de la carta por segunda vez mostraba claramente que había un obstáculo en el camino, que al chocar con él, la carta regresaba. La muerte tuvo el presentimiento que el accidente podía ser mas grave que lo que ella creía. El destinatario era un hombre que debía morir a los cuarenta y

nueve años, había cumplido cincuenta. Nunca ella había tenido un fallo operacional. Y como no hay dos sin tres, mandó la carta nuevamente y esta nuevamente le fue devuelta. No podía matar al violonchelista. Es así que decidió bajar a donde vivía el hombre y ver qué tenía este de especial. Se despojo de su sábana y, volviéndose invisible, comenzó su recorrido. Observó la habitación donde el hombre ejecutaba su música, donde había un piano y un violonchelo. La habitación del músico. El hombre estaba durmiendo y a su lado estaba su compañero, el perro. No tenía nada que lo destacara, no era joven, aparentaba más edad, o era el cansancio, o la tristeza, pero eso sólo lo sabría cuando abriera los ojos. El hombre se movió y se levantó con sed. ¿Qué sería la sed? Pensó la muerte, pero no pudo imaginarla. El violonchelista volvió a su cama, la muerte lo acompañó, se sentó en un sillón a su lado y el perro se subió al sillón. La muerte sintió lo que era tener un perro en el regazo.

Momentos de debilidad cualquiera puede tener en la vida. La muerte regresó a su guarida. La muerte volvió a mirar el expediente. Y nuevamente mandó la carta junto con las otras, pero la carta regreso a sus manos una vez más. La muerte regresa y observa al hombre durante tres días. Fue la sombra, más que eso fue el aire que el hombre respiró. Siente orgullo por lo bien que toca el instrumento. Contempla con benevolencia las locas efusiones del perro a la llegada de su amo, aprecia sus dedos fuertes, las callosidades de la mano. La muerte duda. Se fascina y confunde. La muerte observa el atril con la suite de Bach. La duda le acomete nuevamente. La muerte tuvo pena por él.

Dejó a la guadaña, su compañera de fatalidades, encargada de despachar todos los días que ella estuviera ausente, las cartas a los elegidos. Ella en persona le entregaría la carta al hombre.

Ella pretendía seducir al músico y así entregarle la carta personalmente. Ocupó un hotel. Compró boletos para dos días que el hombre tocaría su música. Pero la muerte cuando estuvo frente al hombre se enamoró. Ya no pudo entregar la carta. A pesar de que lo intentó. Pero el amor pudo más. La muerte quemó la carta. La muerte abrazó al hombre en la cama y ella, que nunca dormía, se durmió. Al día siguiente nadie murió.

El amor había triunfado sobre la muerte.

Adriana De Diago

LECTURAS / mispublicaciones.com